

más lastimosa, sin que historiador alguno de los orígenes cristianos se haya tomado la cosa en serio.

Entre los católicos, autores tan celosos como M. de Grandmaison, *desdeñan el exponer y rebatir minuciosamente* las fantasías de un W. B. Smith y de un Arturo Drews. “El papel no se sonroja, dice, y se pueden aducir en favor de todas las tesis argumentos si no probables, por lo menos con visos de verosimilitud. Mas no creemos que un hombre de sangre fría, capaz, si se reconcentra en sí mismo, de poner en duda seriamente la existencia de Jesucristo, se deje impresionar, sin más ni más, por argumentos de historia. Quien dudara en este punto, tendría necesidad de una educación crítica y filosófica elemental”.¹

A juicio de los PROTESTANTES ORTODOXOS, de quienes M. Karl es uno de los más aventajados intérpretes, Drews ha mistificado a sus compatriotas, llenándoles de polvo los ojos.²

Igualmente severos se muestran LOS PROTESTANTES LIBERALES. “Diletantismo”, “fanatismo mitológico”, “argumentación ilógica”, así lo declara M. Windisch.³ “Si alguien hubiese escrito, dice J. Weiss, un libro semejante en materia de ciencias naturales o de historia literaria, *habría sido completamente desautorizado* por la crítica. Como obra científica, la obra de Drews carece en absoluto de valor... En este terreno, M. Drews está falto de formación y de toda ciencia necesaria... Reemplaza la ausencia de esas cualidades no con la modestia, sino con la audacia... No es objetivo, ni imparcial. Y este gran crítico (!!) a cuyos ojos los mejores testimonios (de la existencia de Jesús) son sospechosos, es por otra parte, *crédulo naturalmente*, ni que se trate de las peores estupideces que hayan sido

hacer odiosos a los sacerdotes y a los teólogos y ponerles en la imposibilidad de dañar.

1 *Dict. Ap.* fasc. XI, col. 1310.

2 *O. c.*

3 *Teologische Rundschau*, marzo 1911, u. 11.

4 *Die Geschichtlichkeit Jesu*, p. 4-5.

sostenidas por otros, mientras él pueda sacar de ellas partido para su teoría".⁴ M. Grünzacher hace relucir, por su lado, "la pobreza infinita de la pretendida demostración científica" del profesor Drews.¹ En semejante demostración, añade M. Weincl, "los desprecios y las ignorancias, las falsas interpretaciones de los pasajes claman al cielo... Le sobrecoge a uno un sentimiento de vergüenza pensando que un profesor alemán haya podido componer un libro como ese".² Sí, "*vergüenza para nuestra ciencia alemana*, que tardará todavía mucho tiempo en lavarse de esa mancha, precisa M. Weiss; vergüenza para mí mismo, que debo ocuparme de esa mercadería vulgar".³

Todo el mundo clama, pues, muy justamente indignado contra el "Cristo mito", sin hacer excepción de los Judíos "quienes deberían haber saludado la negación de la existencia de Jesús como la liberación de la maldición que pesa sobre ellos, diez y nueve siglos hace, acusados como son de haber dado muerte al Salvador del mundo."⁴

Así acorralado, ¿qué camino le queda a seguir a M. Drews? La conferencia pronunciada en Wiesbaden, durante el invierno de 1910-1911, no da a sus negaciones otro valor sino el de la simple forma de una hipótesis. Y aun cuando él tal vez no hubiese existido, su Jesús llega a ser "la base de una religión nueva, de una nueva fe, de un apoyo moral para la vida"; es "un principio de redención universal".⁵

¡Oh, la complejidad del corazón humano! M. Drews devoto de Cristo:

Robespierre adoraba las flores,
aun roreactas enteramente de las lágrimas
de la aurora...

1 *Die Geschichtlichkeit Jesu*, p. 4-5.

2 *Ist das liberale Jesusbild widerlegt?*, p. 6.

3 *Jesus von Nazareth*, p. 4. Cfr. *Revue du Clergé Français*, 15 noviembre 1910. Fillion, o. c., pp. 431-432.

4 Confesión de Drews, o. c., t. II.

5 *Berliner Religionsgespräch*, pp. 91-93.—*Die Christusmythe*, t. II, p. XVIII y XXII, señala una recrudescencia de incredulidad.

CAPITULO SEGUNDO

La existencia de Jesús
ante el corazón del hombre

El corazón del hombre, es decir, una suerte de instinto intelectual, una facultad más pronto que la razón discursiva, no admite en modo alguno que fuerzas vagas y anónimas hayan podido inventar un héroe semejante a Jesús.

Sobre todo, se rebela ante la idea de que si el Cristianismo no trae su origen de una personalidad real de la que procede, nuestra civilización se halla fundada sobre el vacío, el bien no es sino un engaño y de haber sufrido bancarrota veinte siglos ha, el espíritu humano debe perder la confianza en sí mismo.

M. Goyau, en su obra *Autour du catholicisme social*,¹ compara las andanzas de la vieja economía política a los "libros de clase que han sido utilizados durante mucho tiempo: las hojas andan desparramadas; van de un lado para otro por los suelos, y los niños... continúan durante más o menos días sirviéndose de sus trozos de papel; juegan después con ellos, uno tras otro, y acaban las hojas de desaparecer; se las ve encima de los pupitres de los alumnos, si no van a parar a sus pies; y en tales condiciones se impone una limpieza verdad. —En eso viene a parar, se dirá, la mala suerte del comparatismo radical, inspirado por un supuesto filosófico más que por razones atendibles de exegesis o de histo-

1 T. II, p. 232.

ria. Indudablemente. Mas un mismo desenlace espera finalmente a otro apriorismo—primo avulso non deficiat alter—al que los mitólogos moderados lo sacrifican todo de igual manera que sus cofrades más exaltados, y que es preciso señalar a su vez: el apriorismo filológico.

A) Herder lo había hecho saber: a decir verdad, la verdadera poesía no es la creación sabia, reflexiva, de un individuo sino la manifestación ingenua, espontánea, del alma popular. Wolf había echado mano de esas ideas en la crítica de las obras que más sobresalen en la literatura antigua, “La Iliada”, y “La Odisea”; más adelante, Lachmann echó mano de las mismas para explicar el origen del “Canto de los Nibelungos”, la epopeya feudal y guerrera de Alemania del Sur. Un abismo llama a otro abismo. Después de haberse negado la individualidad de los autores, se niega hasta la de los héroes que aparecen cantados en los poemas. Incluso los grandes hombres del pasado se desvanecen a los ojos de los filólogos, y vienen a ser personificaciones legendarias de grupos étnicos o sociales. “Aplicando este procedimiento al Nuevo Testamento, Strauss lógicamente había llegado a considerar los Evangelios como un poema espontáneamente surgido del alma de la comunidad primitiva; por lo que respecta a Jesús, Strauss sin duda no llegaba hasta negar la existencia histórica de un individuo que hubiera llevado ese nombre; mas la vida y la muerte de ese personaje poco conocido no le parecían ser a lo sumo sino la causa ocasional que había provocado el despertar de los mitos, y el Cristo no era casi a sus ojos más que un retrato, una copia del Mesías esperado por los Judíos, la ilusión del Salvador nacional, a no ser que fuere la personificación de la humanidad íntimamente unida con Dios. Kreuzer había precisamente demostrado que el martirio de los héroes míticos no era con frecuencia sino un símbolo: ¿no era con ello vana cosa ver en la carrera y pasión del Crucificado una destinación individual, como el creer

en la biografía de Osiris hecho pedazos, de Zeus encadenado o de Baldur sentenciado a muerte?"¹

B) Solamente Strauss vióse obligado, por la discusión y el estudio, a modificar mucho su posición inicial. Un libro del abate Bertrin puso la cuestión homérica sobre el tapete. Y no había manera de dudar sobre el particular después de las demostraciones de M. José Bedier: las epopeyas francesas guardan relación con una persona, con una libre voluntad dirigida por una inteligencia muy elevada. En breves palabras, por más que la doctrina de las generaciones espontáneas en los dominios literarios pudiese aún entretener con sus desperdicios la consideración de algunos espíritus tenaces y contar ocasionalmente con uno u otro Pouchet,² que gustara de romper por ella una lanza, proponiéndose defenderla, invocando en su favor fuerzas vagas llamadas "instinto popular", "genio de la raza", "entusiasmo de la colectividad"—, semejante doctrina no merece apenas otra atención, de parte de las personas inteligentes, que la que les merece la hipótesis de la generación espontánea en el orden biológico. "Si ello es verdadero, dice M. de Grandmaison, cuando se trata de una obra artística de argumento ceñido, en un ambiente en el que todos los elementos preexisten en estado de dispersión, a modo de episodios, cuánto más cierto no será tratándose de una vida y de un conjunto de enseñanza, en el que todo resalta y contrasta dentro de la trama de una época determinada."³

C) Nuestro estudio sobre los Sinópticos irá poniendo de relieve, oportunamente, esos contrastes y esas particularidades sobresalientes. Mucho importa acertar en la elección, y aquí consideraremos únicamente lo que san Francisco de Sales llama "el fin de todas las cosas" y

1 Albert Lévy, *D. F. Strauss, la vie et l'œuvre*, pp. 85-86. Citado por L. de Grandmaison, *Jésus dans l'histoire*.

2 Naturalista francés, quien ha discutido durante largo tiempo las experiencias de Pasteur.

3 O. c.

san Pablo "la plenitud de la Ley": el amor, el amor que anima a Jesús y el amor que Jesús provoca. Y no es que haya de ser la razón el juez, sino el corazón. "Entre el corazón y la razón, dice M. Jacques Chevalier, Pascal establece, en los "Pensamientos", una distinción análoga a la que los Griegos establecen entre el νοῦς y la διάνοια, entre el pensamiento puro y el pensamiento discursivo. Que es, en efecto, la "razón a la que opone Pascal constantemente el corazón y a la que le prefiere? No es, en verdad a la razón, a la que enaltece en su fragmento de un "Tratado del vacío", que no está hecho sino para la infinidad: es el razonamiento, el discurso, esa facultad para las consideraciones lentas y duras, que todo lo quiere probar, hasta los principios, que no comprende nada de las cosas delicadas o de sentimiento porque quiere proceder siempre por demostración, y que peligra de equivocarse siempre, porque no es capaz de prescindir de la memoria para todas sus operaciones. El corazón, por el contrario, puede ser comparado a los ojos del espíritu: como la vista, conoce de unà mirada su objeto. Es una suerte de instinto intelectual: como el instinto, coincide con su objeto. Y es de él del que pende nuestro discurso porque nos suministra los principios inmediatos de donde proceden todos nuestros razonamientos".¹

* * *

Va, pues, a contemplar nuestro corazón a Jesús, Ideal de amor para con Dios y para con los hombres, tal como el Evangelio le presenta a nuestra admiración y dominando los meandros del conocimiento racional, comprenderá al primer golpe de vista la evidencia ésta; no hay fuerzas vagas que valgan que hayan podido concebir, ni pintar una figura tan incomparablemente original. No, ciertamente, porque, según frase de Jean-Jacques, **el inventor sería más sorprendente que el héroe; habría, en efecto, traspuesto los límites que una**

¹ Pascal, pp. 306-307.

experiencia treinta veces secular¹ señala a la imaginación como a los entusiasmos afectivos del corazón humano.

I

JESÚS ES EL AMOR

Dos palabras expresan la ley de la vida moral: Amarás a Dios por encima de todo y al prójimo como a ti mismo (Matth. XXII 35-40). Mas el amor despierta en el hombre sentimientos diversos, según que induzca el alma a alegrarse con motivo de la persona amada, o mejor aún, según que la induzca a buscar la dicha de la persona amada, sin ninguna consideración del interés propio, y con frecuencia hasta a expensas de su interés y de su bien propios. De ahí viene el que estudiando

A.

EL AMOR DE DIOS

en el Cristo, consideraremos primero la complacencia que manifiesta la oración del Maestro—fuente² de unión intelectual con el Padre celestial—, y luego la benevolencia que revela una abnegación inaudita. Algunos pormenores sobre la armonía, la igualdad y la constancia ideales de ese amor rematan el cuadro.

LA COMPLACENCIA

¡Oh! ¡Y de qué naturaleza maravillosamente afect-

1 Nosotros entendemos que a partir de la *Iliada* los mejores críticos datan del siglo ix antes de Jesucristo.

2 ¿Será menester recordarlo? Hablamos en calidad de apologeta que aún no ha demostrado la divinidad de Jesús. Cristiano y católico,

tiva, de qué insondable fondo de complacencia y de ardiente ternura, no brotaba, pues, la oración del Cristo!

Al tiempo de las libaciones, cuando las trompetas de plata emitían su sonido sobre Jerusalén, el Maestro, como todos los Judíos fieles, componía su ademán, bajaba los ojos, y en pie, recogidas las manos delante del pecho, ensalzaba a Yahvé, confesando su ser infinito, sus derechos y sus perfecciones. Mas, el culto oficial no bastaba a su amor. Desde el amanecer de sus plenas jornadas, en tanto que la multitud le buscaba (Luc. IV 42), lo mismo que cuando caía el día, frecuentemente en un lugar desierto (V 16), Jesús oraba. Cuando los cielos se abren y el espíritu se manifiesta, se halla ocupado en orar (III 21); ora, cuando es menester escoger los doce apóstoles (VI 13) o preparar la cuestión que provocará la confesión de Pedro (IX 18); al volver decisivo de su carrera, de camino hacia la ciudad que flanquea el Gólgota, es para mejor orar que marcha solo y precede la caravana de sus discípulos (Marc. X 32); no bien la cruz se vislumbra en el horizonte, su oración ya no cesa más (Luc. XXI 37); ésta llega hasta lo sublime en el jardín de los olivos (XXII 40-45) y palpita aun a través de su último suspiro (XXIII 46).

Durante los cuarenta días que prepararon su vida pública (Luc. 1-14), y más adelante, las numerosas noches en que a la luz de las estrellas del cielo oriental, se recogía en la montaña próxima (VI 12), bien al pie de un árbol, o bien en el fondo de una gruta, abierta al cielo, Jesús confundía su frente con el polvo de la tierra. Y ¿qué experimentaba? ¿Qué cosas decía a su Padre tan amado? Para manifestarle aquella confianza, todo aquel filial abandono que, según frase del P. Lacordaire, forma el aire respirable del amor, pedíale ciertamente el sustento y el vestido: "Panem nostrum quotidianum". ¡Mas cuánto prefería contemplar la irra-

distinguimos entre la visión beatífica de Dios de la que el alma de Cristo ha gozado desde el primer instante de su existencia, y el fruto natural de sus operaciones intelectuales. S. Th. Sum. Th. (III, 9, IX, A 4, 9, 12).

diación de Dios en la naturaleza, nombrar a los seres uno por uno, atraerlos hacia sí, prestarles un lenguaje y unir sus voces al canto maravillado de su alma, a su cántico de Adorador universal! No es, por cierto, que la imaginación me arrebate; no, la piedad bíblica, por otra parte, apoya esta opinión y algunos textos la confirman: "Sanctificetur nomen tuum" (Luc. XI 2)... "Confiteor tibi Pater" (X 21)... "In manus tuas commendo (XXIII 46)"...

LA BENEVOLENCIA

No creamos, por lo demás, que una ternura tal no se mueve sino a copia de ruegos. Excede al sentimiento, invade, penetra y anima la actividad toda entera. Es el amor efectivo en su más alto grado.

Cristo ama a su madre y se somete a su dirección con una obediencia que el evangelio señala (Luc. II 51); por lo tanto, desde que suena la hora de Dios: "in his quae Patris mei sunt oportet me esse" (ib. V 49).

Las lágrimas que de sus ojos brotan sobre Jerusalén (XXX 41) atestiguan cuán fino es el amor que profesa a su patria a pesar de sus extravíos y de su ceguera incurable; la libertad política de Israel, el encumbramiento de su raza, el homenaje de las naciones de la tierra rindiéndole vasallaje, las aspiraciones israelitas todo ello lo sacrifica, sin embargo, y sin protesta alguna, al beneplácito de Aquel que le envía (Matth. III 8-10).

Es necesaria asimismo la abnegación de sí propio. Para mantener en su reino el carácter interior y espiritual que responde a los planes divinos, y aun cuando el reconocimiento de su título mesiánico pueda verse comprometido por su manera de obrar, rehusa verificar el milagro que los Fariseos le reclaman (XVI 1-4). Tampoco admite que se atribuya a su persona la menor cualidad que no pertenezca sino a Dios: "¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino Dios solo" (Marc. X 18).

...Amar por amar, sin querer nunca sacar partido alguno de su amor, tal fué pues la vida de Cristo. Confundir hasta el último límite su voluntad con la del Padre, inmolarse por él en medio de la confusión de un infame suplicio y entre las afrentas de una agonía inexplicable; esa fué su muerte. Sublime realización de su mandamiento: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Es ese el primero y el gran precepto."

"El segundo, continuaba el Maestro, es semejante a ese: Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Matth. XXII 37-39). Examinemos ahora el amor que Jesús se dignó prodigar a los hombres sobre la tierra, su carácter universal, afectivo y efectivo todo a la vez, cuidadoso del cuerpo no menos que del alma, desinteresado y tierno hasta con sus enemigos.

B.

EL AMOR A LOS HOMBRES

CARACTER AFECTIVO

La sensibilidad de Jesús se conmueve piadosamente ante la aldeana que acaba de perder una moneda de plata y barre la casa hasta que ha dado con ella (Lucas XV, 8), lo mismo que ante la situación de los pescadores que, durante toda una noche de fatiga, no han pescado nada (Luc. V 1-11), y ante la de los numerosos oyentes que, llegada la noche, y distantes como se hallan de las aldeas, van a carecer de alimento (Matth. XIV 13-21; XV 29-39); el hecho de que una cortesana en un arranque de arrepentimiento y de amor desate su cabellera¹ en su presencia, no deja de afectarle (Luc. VII 36-50); y esa su misma sensibilidad se emociona, y ¡oh! cuán profundamente, cuando el

¹ Desatar su cabellera era, para una mujer, deshonorarse; Magdalena arrostra esa afrenta. Rose in o. c.

acompañamiento del entierro de un hijo único se le interpone un día en su camino (VII 13).

CARACTER EFECTIVO

AMOR UNIVERSAL

Observad con qué bondad acepta que las mujeres curadas por él tomen parte en su vida familiar y le libren de los cuidados materiales (Luc. VIII 1-3). Considerad hasta qué punto le emocionan la simplicidad, el candor y la tranquila confianza de los niños (Marc. X 13-16). Si no desdeña los atractivos que les confieren, la juventud y la gracia, se hace por lo demás todo para todos, y, de golpe, su afecto se inclina y recae sobre almas sin honor y dignidad. Fariseos hay que son honrados con su visita (Marc. XIV 13, Luc. XIV 1-24); con gran escándalo de los rigoristas (Matth. IX, 10-13), va a comer en casa de un publicano; llama a Mateo, el pecador, para agregarle al colegio apostólico (ib. 9). Trata asimismo con benevolencia a los opresores y a los enemigos de su nación: se ha de pagar indistintamente el tributo al César (Matth. XXII 21), y el oficial romano, cuyo siervo se halla enfermo, es favorecido con un milagro (VIII 5-13). Otras veces, a despecho del exclusivismo tan recalcitrante de Israel, sana a los Gerasenos (Marc. V 1-2), luego a una Cananea (Matth. XV 21-28). ¡Cuánto no debió ser el resquemor de los Judíos cuando un día antepuso como mejor un ciudadano de la Samaria, tan execrada por ellos, a un sacerdote y a un levita del Templo! (Luc. X, 29-37.) Finalmente, conviene tenerlo en cuenta, Jesús no era nunca adversario personal. De conformidad con lo que había predicado: "Yo os digo, en verdad: amad a vuestros enemigos y rogad por vuestros perseguidores" (Matth. V 45), da a Judas el dulce nombre de amigo (XXVI 50) y el ladrón recibe, en los últimos momentos, el anuncio de su entrada en el reino (Luc. XXIII 43).

Es decir que el Cristo ama verdaderamente con un amor universal y efectivo. Se lo asegura a los hijos de Zebedeo (Marc. X 45): "El Hijo del hombre ha venido no para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate de un gran número". Anteriormente, en los comienzos de su ministerio, se había aplicado la más amable de las promesas mesiánicas: "El Espíritu del señor Jahvé reposó sobre mí, porque Jahvé me consagró con su unción: Me envió a llevar la buena nueva a los pobres, y me envió a curar a los que tienen el corazón contrito, a anunciar la libertad a los cautivos, y a los ciegos la vuelta a la vista, a librar a los que están oprimidos, a promulgar el año de las misericordias del Señor" (Luc. IV 18-19, Is. LI 1-2). Cuando la multitud se complace en rodearle y seguirle hasta hacerse importuna, Jesús no la rechaza nunca, sino que lleva a mal el que los discípulos aparten de su lado a quienes a él se dirigen (Marc. X 13). ¿Cómo pensar en señalar aquí sus exorcismos, sus milagros, la magnífica profusión de sus beneficios? "Clamant lapides", su recuerdo se perpetúa por doquiera, en la piedra y en la madera, en el metal y el vidrio.

AMOR COMPENSIVO

Porque no es que el Cristo sea "uno de esos ceñudos reformadores que van predicando consejos con la fría precisión de quien tira al blanco, y que dejan caer de lo alto, cual losas de piedra, sobre los puntos más sensibles de las almas, sus despiadadas palabras de enderezamiento, llenas del todo de una alegría sombría al ver que la humanidad sufre, por razón de que, d'cennos ellos, se lo tiene bien merecido, al ser ella pecadora".¹ ¡Oh, no! Si ama las almas en primer lugar, ama también el cuerpo que las envuelve, por más que ese cuerpo hubiere servido para el mal: no son los

¹ *Revue de la Jeunesse*, 23 noviembre 1910. — B. Allo, *Le caractère moral de N. S. J. C.*

que están sanos, añade, quienes tienen necesidad del médico, sino los enfermos (Luc. V 31). Y he ahí precisamente el milagro de los milagros, que él que se presenta ante sus discípulos con exigencias morales tan altas, tan serias, tan rudas, pueda estar al mismo tiempo lleno de misericordia y de una ternura de mujer allí donde da con un alma que se revuelve impotente, en el pecado. El, para quien nadie hace nunca lo bastante, se contenta entonces con las más humildes resoluciones. El, que pone su fin tan alto, en el infinito, se alegra al comprobar el menor avance de un paso aún titubeante en la nueva ruta. El que quiere encender un incendio, alborócese al advertir una chispa del divino centelleo en un alma humana.”¹ Los que nombrados están más arriba Zaqueo, la Samaritana, María de Madalena, y luego la mujer adúltera, los verdugos del Gólgota, equivalen a tantos otros hijos pródigos, a tantas otras ovejas perdidas en cuya busca va el pastor, dejando allá por un momento el conjunto del rebaño, y que conduce y lleva sucesivamente en sus brazos, con una alegría franca y casi exuberante (Luc. XV).

AMOR DESINTERESADO

Y qué importa que muchos le desprecien después: en el fondo no esperan el gran bien que se les viene encima; qué importa que mañana “todo ese pueblo salvaje reclame su muerte a grandes gritos, como la de un seductor, en el momento mismo en que un escéptico y cruel procurador romano mira de hallar manera cómo salvarle”:¹ Jesús sigue siendo el hombre de manos bienhechoras,

manos hechas para bendecir y para enjugar las lágrimas.

Solamente los adversarios de su misión libertadora, los enemigos de su Padre y de las almas, incurren en

1 Bousset, *Jésus*, pp. 73-74.

2 Allo, o. c.

sus anatemas que la habitud del tiempo y el vocabulario profético hacen tan expresivos (Matth. XXIII; Lucas IX, 59-62; XIII, 22). Por lo tanto, aun entonces, lejos de ser infiel a su llamamiento de misericordia, lo completa; las heridas que hace son francas y van dirigidas a hacer desaparecer las llagas, no a volverlas incurables.¹ Si son unos malhechores quienes le ofenden personalmente, sin perjudicar a su obra, detiene a sus discípulos prestos a vengarla, reconviniéndoles: “¡No sabéis, dice, de qué espíritu sois!” (Luc. IX, 55).

—¿Conoces bien el amor, tú que hablas de amar?

se debería preguntar a los hombres que no han meditado el Evangelio.

El amor no duerme nunca, tampoco lo hace el sol...
sabe el arte de velar en los brazos del sueño;
sabe en la fatiga mantenerse sin lasitud;
sabe en la estrechez obrar sin servitud,
soportar fardos mil sin verse agotado,
ver objetos mil horripilantes sin ser turbado.²

Así, pues, ante la exclamación de sorpresa que un tal espectáculo arranca al crítico radical M. Bousset, un grito de admiración enajenadora brota del pecho del creyente, cuando considera la cualidad de ese amor con doble objeto, pero que mira a un solo fin: la gloria del Padre. Ese amor es a la vez armonioso, igual y constante, ningún otro sentimiento altera nunca la perfección sobrenatural.

C.

EL AMOR IDEAL

AMOR PERFECTO

A) “En Jesucristo, dice Mons. Bougaud, no se ven nunca una sola virtud a la vez, se ven siempre dos, tan

¹ L. de Grandmaison, *Etudes*, 20 enero 1914, p. 135.

² Corneille.

bellas la una como la otra, de donde provienen los contrastes más imprevistos, que acaban por resolverse... en una armonía perfecta". Así es que el amor al pro-pender inclinar su corazón a la ternura, no por eso le ha de contagiar con nada de blanduras ni de debilidades. En ocasiones oportunas, es delante de los Saduceos, esos farrucos celadores del santuario, o delante de los Fariseos impecables, infalibles, cuando el Cordero de Dios ruge como el león de Judá, y como él, en un lance de energía aterradora, hiere (Matth. XXI, 12-17 XXII).

B) Si la bondad y la piedad llevan a Jesús a platicar sobre las peores degeneraciones, a sembrar el perdón, se mantiene, sin embargo, de su parte "en una austeridad, en una soledad e inaccesibilidad que nos sobrecoge de temor. No osamos medirnos con él, ponernos al lado del héroe, continúa M. Bousset. Subsiste con todo la conciencia de quienes creen en él; sus palabras son el aguijón que no les permite el descanso. Fija con claridad soberana la dirección en que debemos marchar, por lejos de él que hayamos de permanecer".¹ ¡Mayor elevación!, nos dice con la voz y el ademán, ¡mayor altura!

¡A través de esta escala de oro que acaba por perderse en Dios!

c) Porque, en su alma de hombre perfecto, ningún matiz de menosprecio altera los afectos, ni esa indiferencia universal que, en Buda, mezclábase con una benevolencia universal. Por el contrario, "perfecti estote"... "si vis perfectus esse"... (Matth. V, 48, XIX, 21): Convencido como está en verdad de lo que es la humana debilidad, estimula el esfuerzo, el enardecimiento, y de cada uno espera un manojo liado.

D) Fijémonos en un postrero contraste. El Cristo era humilde ante Dios y ante los hombres, mas "tenía

1 O. c., p. 72.

también conciencia de decir la última palabra, la palabra decisiva; tenía la certeza de ser el Consumador después del cual ningún otro vendrá. La seguridad, la fuerza simple de su acción, la irradiación luminosa, la claridad, la frescor de todo su ser se apoyan en ese fundamento. No se puede borrar de su retrato, sin destruirle, esa conciencia más que profética, esa conciencia de ser el consumidor en persona con el que el curso de todos los tiempos y toda la suerte de los discípulos guardan una relación muy estrecha".¹

AMOR IGUAL

Ese armónico amor, Jesús lo conservaba de un modo igual. Se ha hecho notar que los místicos proceden por saltos: abandonan momentáneamente su personalidad al espíritu que les domina; un algo fuerte extraordinario se apodera de ellos y los arrebató casi inanimados hacia cumbres inaccesibles. Mas el Maestro no conoce el éxtasis, y el tono de la excitación profética se encuentra muy raramente en él. M. Harnack, que lo confiesa, ha llegado bien a comprender que su nota dominante es la de un recogimiento silencioso, siempre igual para consigo mismo, tendiendo siempre al mismo fin.²

Mientras que los místicos, cerniéndose en las alturas, se embriagan de luz y de amor hasta el punto de olvidarse de las condiciones de este suelo por el que pasan como extranjeros; la contemplación del Cristo, tan intensa, sobrehumana, inaudita (Luc. X 18-21, XII 49-50, etcétera), no le absorbe apenas y no le impide reparar en las más humildes contingencias. La partida, el hospedaje, el retorno, el matrimonio y el sepelio, los palacios de los vivos y las tumbas de los muertos, el sembrador y el segador en los campos, el viticultor en medio de sus

¹ Allo, o. c., p. 82.

² Harnack, *L'Essence du christianisme*, pp. 50-52.

viñas, los obreros desvagados en la plaza, el pastor en busca de sus ovejas, el negociante a caza de perlas; y luego, en el hogar, la mujer cuidándose de su harina, de su levadura, de su dracma perdido, la viuda quejándose al juez inicuo, el alimento terrestre y su suerte, las relaciones espirituales entre maestro y discípulo; aquí la pompa de los reyes y la ambición de los poderosos, allí la inocencia de los pequeñuelos y el celo de los servidores, todas esas imágenes animan su palabra y la hacen accesible hasta a los espíritus de los niños". Y todo esto, añade M. Harnack, después de haber citado este pasaje de P. W. Schmidt, todo ello no significa solamente que hablaba en imágenes y parábolas, sino que atestigua cómo, en medio de la más fuerte tensión, gozaba Jesús de una paz interior y de una alegría espiritual constantes cual ningún otro profeta anterior a él las había conocido...

AMOR CONSTANTE

Constante, hemos dicho; porque ese perfecto equilibrio del alma, ese amor ordenado de los hombres y de su Padre celestial no sufrieron nunca mengua alguna. Aun en ocasiones en que el entusiasmo o una santa cólera transportan a Jesús, cuando arroja a los mercaderes del templo, cuando se pronuncia contra la afección demasiado carnal de Simón-Bar-Jona, no son las quejas egoístas, ni las mezquindades de la vanidad, ni el más leve eco de un cálculo interesado lo que mancha sus labios; y es maravilla como se guarda en sus contadas apocalipsis, de las extremosidades entonces tan generalmente traídas de boca en boca.

Por lo que al polo opuesto de los sentimientos se refiere, cuando la prueba abrumba su alma, contemplanle. El dolor, se ha dicho, es "un reactivo que pone en libertad los elementos más fundamentales de una naturaleza, destruyendo las actitudes artificiales que con

largo esfuerzo ha fijado en nuestra carrera hasta hacerlas habituales".¹ Ahora bien; medita a san Mateo (IX 35-57, XIII 34-35, XXVI 6-14, 40-20). En su reto con los estoicos Jesús no niega que el dolor sea un mal. Le emociona por el contrario; gime cuando de él experimenta la acción; y cuando se ceba en su cuerpo o en su espíritu, para cubrirlo y penetrarle, exhala un quejido, dulce frecuentemente, algunas veces punzante. Mas su valor permanece el mismo exactamente. No, el Cristo no es el labrador que pone la mano en el arado y mira atrás (Luc. IX 62), ni es el hombre que levanta una torre sin haber calculado los gastos (XIV 28): sabe lo que quiere, y ni las grandes penas, ni las atrocidades, harán torcer su voluntad; se mantiene ésta, eso sí, igualmente distanciada de la fanfarronería y de la flaqueza.

AMOR SIN DECAIMIENTO

Los más grandes santos han pagado su tributo, aunque solamente fuese un instante, a la influencia de las fuerzas contrarias; y con ello se han apartado de la ley de la perfección. "Si decimos que somos sin pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros", confiesa el discípulo a quien Jesús amaba (I Jo. 1-8); y parecele a san Pablo el cuerpo un lamentable instrumento del mal, un terreno fructífero para la muerte eterna (Rom. VII 24). Todos sufren. La distancia infinita que separa su naturaleza impotente y afeada de Dios con el cual pretenden unirse, les turba y les detiene; sus faltas personales levantan en el camino obstáculos tales que juzgan no poderlos vencer sino por medio de crecidas penitencias. Nada de eso ocurre con el Maestro. Escuchadle. Dirige este reto asombroso a sus enemigos: "¿Quién de vosotros hay que me convenza de pecado?" (J. VIII 46). Llega hasta a decir que no hay modo de vivir bien sino a ejemplo

1 De Grandmaison, Art. cit.

suyo (ibid. XIII, 15). Así es que cuando dirige su mirada hacia la inaccesible luz donde habita el Padre, ninguna emoción inquieta su alma; si la baja, si la va dirigiendo sobre el fondo de su conciencia, nunca el temor, la pesadumbre, los remordimientos allí asoman. Por lo que se refiere a ejercicios penitenciales, su pasado no necesita de ellos, cuando su porvenir, por otra parte, no reclama sino ascensiones morales. Vive al día, con la alegría de un esposo en la fiesta de sus bodas, con la alegría del amor perfecto, cuya dulcedumbre quieren participar también de alguna manera sus apóstoles y discípulos.

“Jesucristo, nota Pascal, fué humilde, paciente, santo, santo ante Dios, terrible a los demonios, sin pecado alguno. ¡Oh! y como vino con una gran pompa y con una prodigiosa magnificencia ante los ojos del corazón y que ven la sabiduría. La trascendencia de su amor, o, si se quiere mejor, de su carácter moral, sorprende de tal manera que la Iglesia ha puesto tanto esfuerzo en demostrar que era hombre, contra quienes lo negaban, como en demostrar que era Dios; y las apariencias eran tan grandes”. El argumento vale la pena de ser desarrollado. Se nos perdonará todavía el ir más allá para mostrar al lector que si el Genio puede deslumbrar la inteligencia humana, si la fuerza cierra los labios y hace doblar las rodillas e inclinar la cabeza, el Amor se insinúa dentro de los repliegues del alma en donde se abriga la conciencia, pone en juego los más secretos resortes, y diestramente, como por sorpresa, conmueve, emociona y se hace suya la voluntad.

* * *

Mas antes de establecer esa tesis histórica, mostremos como sirve, para refutar el comparatismo radical, e igualmente las pretensiones de los mitólogos modernos.

Porque el corazón no puede aceptar que el cristianismo, movimiento espiritual el más vasto y más caracterizado que jamás haya existido, haya carecido en sus orígenes de una personalidad en que apoyarse y de la cual procede. Si esa personalidad era imaginaria, si se la había fabricado pieza por pieza, con los trozos esparcidos en medio de la creencia mesiánica de Israel y los misterios orientales, *nuestra civilización estaría en efecto fundada sobre el vacío*, sobre locas combinaciones mitológicas; tanta riqueza de esperanzas y de fe como el Maestro encendió en el fondo de las almas, no hubieran sido sino espejismos, sus consolaciones nada más que engaño, *la virtud una ruín superchería*; y la razón exasperada por haberse engañado de una manera absurda y ridícula durante el curso de dos mil años, *debería perder la confianza en sí misma*. ¿Cómo hallar, pues, quien la garantizara que el deseo de la Reforma no inventó un Lutero? Las aspiraciones políticas del pueblo alemán un Moltke, un Bismarck, un Guillermo I, y el sueño comunista un Lenin? La historia le parecería una fantasmagoría y el mundo un teatro de ilusiones. Se precipitaría, la pobre, en el escepticismo universal, dichoso aún de no desfallecer.

En cuanto a los hechos en que nuestra argumentación se funda, helos aquí. JESÚS INSPIRA LA INTELIGENCIA, CONMUEVE LA SENSIBILIDAD Y REGULA LA MEJOR ACTIVIDAD DE LA MAYOR PARTE DE LOS HOMBRES.

II

JESÚS ES EL AMADO

“Jesucristo, añade todavía Pascal, habiendo convivido con los hombres en una obscuridad tal (según que el mundo entiende por obscuridad) que los historiadores, no escribiendo sino sobre los importantes asuntos de los Estados, le apercibieron apenas”... De hecho,

es otra maravilla que pide ser considerada, el que un hombre haya podido, por su solo amor, atraerse todos los hombres, ganarlos para su persona y su causa, no obstante la discreción de sus cualidades y de sus medios.

No le pidáis el prestigio de la CIENCIA. Las citas escriturarias que los rabinos exigían de sus discípulos, numerosas y fieles; la exégesis hábil para acomodar los textos a las significaciones más refinadas; las famosas siete reglas de hermenéutica de que habla la "Mischna" y que san Pablo aplica con una destreza, una subtilidad de razonamiento y un vigor tan señalado, ¿qué le importa todo ello? El afirma y habla como autoridad. Su lengua es la del pueblo; si usa del rodeo sentencioso y rimado de que se valen con frecuencia los Semitas, no se sirve sin embargo de los adornos del prestigio oratorio y de esa afectada elocuencia, de esa hinchazón y sonsonete de las palabras llenas de que echan mano los tribunos.

Hasta su VIRTUD transcendental no habla a los sentidos, carece de ostentación. Las excentricidades de una ascesis exterior a la meda eseniana, una costumbre original, los ojos blancos y un aire acompasado, todo ello, lo menosprecia; su proceder en la vida común es el de todo el mundo, de tal manera que, para las malas lenguas, Jesús es un bebedor de vino, un amigo de los publicanos y de los pecadores (Luc. VII 34).

Por otra parte, deja a un lado el RECLAMO DE LA PROPAGANDA. ¿Cómo no oír a los Fariseos exigiendo a grandes gritos alguna señal del cielo, lluvia súbita, truenos, el pararse del sol o de la luna, voces celestes que proclamen la aprobación de Dios? Mas el Cristo mantiene su potestad por encima del clamoreo de las gentes. Obra sus milagros lo más frecuentemente en la sombra y a fin de atender a necesidades ocasionales, hasta prohíbe que los vocean. Llega hasta a rehusar habitualmente el título de Mesías, y no le fué grato sino en los últimos tiempos de su ministerio. Leed una y otra vez el Evangelio. No hallaréis allí por cierto los

fáciles procedimientos de la demagogia, ese arte “de elevar una fachada a la que se revoca de bellas inscripciones y de grandes palabras: progreso, solidaridad, poder popular y detrás de las cuales se mira el logro personal”.¹ Al contrario, la doctrina que el Maestro predica, la del reino interior y espiritual, disipa la antigua y dulce quimera de los Judíos nacionalistas; las promesas que consigo lleva nada tienen que ver con la dominación, las vanidades y las riquezas; cuando de la cuestión de la salvación se trata (Luc. XIV, 26, 27), es necesario que el discípulo sea capaz de sacrificarlo todo, su padre y su madre, su mujer y sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, hasta la propia vida.

...¿Cómo es, pues, que, con escasos recursos, con una táctica humanamente inhábil, Jesús haya podido imponerse a lo mejor de entre los hombres, iba a decir a la civilización entera, completamente? — En las estepas heladas que bordean el mar Blanco, mañana y tarde, el Samoyedo hace esta plegaria al sol a quien adora: “Cuando te levantas tú, yo me levanto, y me acuesto al acostarte tú”. Así a la humanidad se vuelve hacia Cristo; conscientemente o inconscientemente, ella regula su pensar y su sentir, su misma actividad a la Luz y al Calor que despiden de veinte siglos a esta parte.

EL PENSAMIENTO HUMANO Y JESUS

El pensamiento humano hoy se esclarece a la luz del pensamiento de Jesús. “Al cabo de diez y ocho siglos, reaparece ese hombre ante nosotros... Se le encuentra en el cruce de los caminos que llevan a Dios y sobre los cuales casi todos dirigimos nuestros pasos para ponernos en contacto con el Criador; allí se le halla, inevitablemente, guardián acreditado de las avenidas del mundo divino, guía autorizado de los senderos y de pasos que sin él no pueden ser explorados. Todos,

1 H. Bordeaux, *La Croisée des chemins*.

LOS SABIOS, están en íntima relación con él y con él han de convenir a su manera: *el filósofo* que quiera interrogar la causa primera y fijar las leyes que rigen el mundo de los espíritus; *el historiador*, al que los documentos ponen en presencia de un hombre situado en el espacio y en el tiempo, el cual se declara enviado de Dios e hijo de Dios, *el moralista*, que se apercibe tarde o temprano de que las reglas de honestidad y de justicia han sido recapituladas y absorbidas por el discurso de la montaña, que han sido escritas dentro de un marco sobrenatural del que no pueden ser desplazadas, que han recibido un sello divino, inalterable, que les da la certidumbre y todo su valor; *el sociólogo*, que sueña en dar a los pobres y a los humildes, a los que deben trabajar diariamente para ganar el pan de cada día, la dicha verdadera, y que llega a convencerse de que las fórmulas eficaces y probadas han sido dichas por él—y que tiene otra hambre que la del pan”.¹

Almas vibrantes, *los artistas* experimentan con mayor viveza aun la seducción de Jesús. Suponed un momento que no ha existido, borrad con el pensamiento cuanto subsiste de él y de su influencia en los dominios de lo Bello. “Comenzad por *las artes plásticas*. Entrad en todos los museos y arrancad de sus murallas la imagen del Cristo. Haced desaparecer todos los cuadros en los que figura la Virgen. Apoderaos de las telas y de las estatuas que representan a los santos, a los mártires y a los apóstoles. Después de la pintura y de la escultura, pasad a la arquitectura y derrumbad las catedrales”, las iglesias de las ciudades y aquellas, más íntimas quizás, al amparo de cuyas alas las aldeas se recogen como débiles polluelos...

A los dioses muy poco divinos adorados otro tiempo
 El arte antiguo dedica el fronton y el ático;
 No hace campear sobre sus templos estrechos
 El puro arrebató de los campesinos extáticos.

1 Rose, *Etudes sur les Evangiles*. Introducción, XII-XIV.

Mas luego que el Cristo, hijo del hombre y verdadero Dios,
a las esperanzas de la tierra señala la otra vida,
El hombre para expresar su intimidad con los cielos,
Y los anhelos nuevos de su alma engrandecida;

A fin de atestiguar que nada hay aquí abajo
Con lo que su corazón devorador satisfacerse pueda,
El hombre hace se levanten, semejantes a brazos
Locos de deseo, los osados campanarios.

Y como para herir de un radiante amor
El Dios que lo ignoto de los espacios vela,
La flecha ajusta en lo más alto de la torre
Y el dardo hacia las estrellas.¹

“Después de la arquitectura, *la música*. Borrada del mundo de los compositores Haëndel, Paëstrina, Bach y tantos otros. Expurgada de las obras de Beethoven, de Mozart, de Pergolese, de Rossini, cuanto hay en ellas inspirado por la religión cristiana. Entrad luego en la esfera del pensamiento y de la poesía. Suprimid Bossuet, Pascal, Fenelón; descontad Polyucto a Corneille, Atalía a Racine. Id siguiendo el nombre de Jesús en los versos de Lamartine, de V. Hugo, de Musset... Después de este ímprobo esfuerzo, entrad dentro de vosotros mismos. Abrazad con un solo golpe de vista los mil ochocientos años escalonados detrás de vosotros y mirad sin espanto, si ello es posible, el vacío que abre a través de los siglos esa sola cruz de menos en el mundo”.²

Y no es que sean solo los sabios y los artistas, sino que es TODO HOMBRE, quien prueba el ascendiente de Jesús en su pensamiento. “No solamente, dice Pascal, conocemos a Dios por medio de Jesucristo, sino que no nos conocemos a nosotros mismos sino por Jesucristo. Si prescindimos de Jesucristo, no sabemos lo que es nuestra vida, ni lo que es nuestra muerte, ni lo que es Dios, ni lo que somos nosotros mismos”. Ernesto Psichari escribió en términos casi equivalentes:

1 Luis Mercier.

2 E. Legouvé.

“Majencio no tiene otra razón para ir a Dios sino Jesús, ni otra razón, ni otro medio. No puede tener otra certeza fuera de Jesús, ni otro deseo que de Jesús. Y no puede tener otro acceso a Dios que Jesús, Dios y Hombre al mismo tiempo”.¹

Psichari iba entonces dejando atrás los senderos de la incredulidad. Cuantas almas le habían precedido, cuantas le siguen hoy, raquíticos espirituales atormentados por la necesidad de un poco de aire y de sol y de un alimento substancial. Aumenta esa multitud de día en día. “El hombre moderno, dice Foerster, es un enfermo cansado de comer piedras y que aspira después alimentarse con el Pan de vida. Soy yo uno de ellos; y creo saber que cuanto más uno tiene de moderno, ofrece más campo al Cristo y a la Iglesia. Los libre-pensadores no son modernos. Lo eran hace medio siglo”.² Así es que “la cuestión religiosa tiene la primacía, no solamente en principio, sino en la vida universal, en la de cada uno. El, siempre Él en todo, injuriado, negado, adorado. Nunca se ha hallado más presente en el mundo. El nombre de Jesucristo es menos frecuentemente pronunciado que en otras épocas, está sobreentendido en los mejores actos; allí está en amor o en odio”.³

EL CORAZON DEL HOMBRE Y JESUS

Jesús allí reside en amor, en veneración o en odio.

EL ODIO

“¿Qué es esto, pregúntase Mons. Bougaud, quién ha engendrado ese odio contra Jesucristo? Mahoma no fué odiado, ni tampoco Numa, ni fundador alguno de

1 *Le Voyage de Centurion*, p. 231.

2 *Das Kulturproblem der Kirche*.

3 R. Bazin: *La Barrière*.

religión fue odiado. Monstruos como Nerón, Tiberio, Domiciano, no conocieron el odio sino un solo instante, odio que queda extinguido sobre su tumba. Solamente Jesucristo ha tenido el honor de un odio inextinguible. ¿Y ello a qué obedece? Vedlo: ello proviene de que no odiamos sino lo que nos traba, lo que nos suscita obstáculos, lo que nos aplasta". Los malhechores que acabamos de nombrar ya no tienen nada que ver con los hombres. El odio para con ellos sería demasiada dignación verdaderamente; se les paga, y ello basta, con el desprecio. "Sólo para con Jesucristo el odio cara a cara no ha cesado nunca, así como nunca tampoco el desprecio contra él ha existido. ¿Qué es lo que ello significa sino que Jesucristo no desarma jamás, ni disminuye jamás, que subyuga las pasiones y que es siempre rey y siempre vencedor?"¹

A) Sojuzga las pasiones, se opone a los desórdenes eróticos. El escritor francés que, después de Renán, ha ejercido mayor influjo sobre el mayor número de espíritus, M. Anatole France, lo confiesa descaradamente. El poeta ha entrado, el viernes santo, en una iglesia, y ha visto orar con un sombrío ardor la mujer que le amaba:

Entonces, llorando sobre mí reconcí, pensativo,
 Que me habías ganado esa mujer, o bello Judío,
 Rey, del que las espinas ciñeron la rubia cabellera...
 Dios de la virgen sabia y de la virgen necia.
 Escrito está: por siempre jamás acabarás tú solo
 Los más bellos amores que se ensayan en nuestros brazos...

Ese temor, iba a decir esa fobia, obsesiona al futuro cantor del "Jardín de Epicuro". Cuando compone "Las Bodas de Corinto", se le presenta aún una vez más, y uno de sus personajes, Hippias, separado de su prometida por un voto imprudente de la madre de Dafne, la expresa entre feroces imprecaciones:

1 *El Cristianismo y los tiempos presentes.*

¡Dios de los Galileos! Yo no te buscaba.
 ¡Oh Fantasma! vienes tú a resurgir ante mis pasos,
 Tú levantas contra mí tu diestra ensangrentada!
 Atiende, Príncipe impuro de una raza apestada...
 Bueno te creí, a los reyes del éter semejante
 Que piensan altamente y que al hombre quieren.
 Te conozco al fin, Espíritu de envidia henchido
 Espectro que vienes a turbar la fiesta de la vida,
 Mal demonio, armado contra la humana especie,
 Que arrastrar haces el canto de las lágrimas sobre tu camino,
 Dios despreciador de las leyes, poderoso por la magia,
 Oh príncipe de la muerte, cuya fría energía
 No vale sino para helar nuestras vírgenes en nuestros brazos...

Otros autores no adoptan, para blasfemar de Cristo, para arrastrar su obra a las gemonías, ese color antiguo y ese aire. La lucha es seria y sin cuartel, expone M. Edgar Quinet. Aquí se trata no solamente de refutar el papismo, sino de extirparlo, no solamente de extirparlo, sino de deshonrarlo; no solamente de deshonrarlo, sino de hundirlo en el cieno".¹

b) "Cuanto hay de grande sobre la tierra se une contra él, nota Pascal, los sabios, los reyes. Escriben los unos, los otros condenan, los de más allá matan. Y, no obstante todas estas oprésiones, ese hombre llano y sin fuerza resiste a todos los poderes y somete a su imperio hasta a esos mismos reyes, a esos sabios y a *ese gente entendida...*"² Porque aquellos mismos que le persiguen y quisieran arrancarle ante las multitudes su celestial aureola, los negadores de su divinidad, no resisten a la virtud de su atracción. "Después de tantas vueltas y revueltas, les dice un sabio que les conoce perfectamente, vosotros os veis siempre atraídos de nuevo, por la misma exégesis alemana, en presencia de Jesús, objeto de contradicciones, y os es necesario resignaros al insulto si no os decidís a la adoración"³ Ultrajan, mas no pocas veces la veneración les subyuga.

1 *Le livre de l'exile*, 1857, p. 473. Citado por Lecanuet *L'Eglise de France sous la troisième république*, p. 30.

2 Art. XII, 29.

3 *Le Sens du christianisme*, conclusiones.

LA VENERACIÓN

A) Oíd a Strauss. “Imposible hallar persona alguna que le supere, ni aun que pueda adquirir después y, por él, el mismo grado absoluto de vida religiosa. Jamás será posible en tiempo alguno, elevarse por encima de él, ni concebir a alguien que le iguale”.

En el momento en que deja la pluma, Renán siente como una chispa de emoción, y se entrega a arranques entusiastas: “Por el espacio de miles de años el mundo se realizó gracias a ti. Bandera de nuestras contradicciones, tú serás la señal alrededor de la cual se librará la más ardiente batalla. Mil veces más viviente, mil veces más amado después de tu muerte que durante los días de tu paso por aquí abajo, llegarás a ser tú de tal manera la piedra angular de la humanidad, que arrancar tu nombre de este mundo sería trastornarle hasta en sus cimientos. Entre ti y Dios no habrá nunca más distinción. Plenamente vencedor de la muerte, toma posesión del reino en el que te seguirán, por el camino real que trazaste, siglos de adoradores!”¹

“Quien toma el Evangelio, dice Harnack, y busca conocer a Jesús que lo reveló, comprueba que lo divino se mostró en él de una manera la más pura que es posible sobre la tierra”.

Según Sabatier, Jesús no fué sino un hombre; más: él mismo añade: el hombre en quien se reveló lo más perfectamente el corazón de Dios.

Y M. Loisy va con ellos “Se percibe por doquier, escribe, en sus discursos, en sus hechos en sus dolores, yo no sé qué de divino que le eleva por encima de la humanidad común, aun de la más aventajada”.²

“Lo cierto es que fluye verdaderamente del carácter,

¹ *Vie de Jésus*, p. 440.

² *Le quatrième Evangile*.

de la figura de Jesús de Nazaret, como un río de vida viviente, atestigua M. Bousset. Por nuestra parte, nos ponemos en la corriente y nos dejamos llevar. ¿A dónde nos conduce? Lo sabemos apenas, al menos en lo que se refiere a nuestro porvenir terreno, en medio de todos los problemas en lucha de las cuestiones angustiosas y de los sombríos secretos que pesan sobre el presente; mas nos sentimos llevados por el torrente de la vida y decimos a esa guía de nuestras almas, a quien conocemos tanto cuanto nos es necesario aquí abajo conocerle: Si, tú eres, en verdad, el camino, la verdad y la vida".¹

Lo hemos visto, los arranques de admiración a tanto llegan algunas veces que hasta los críticos cuidadosos de poner el Cristo al nivel de la humanidad pura, emplean nuestro lenguaje cristiano. "En presencia de un tal ser, confiesa Stapfer, de un ser que tiene una tal grandeza moral y una tal compasión, que ha poseído una convicción tan absoluta, que ha tenido exigencias tan inauditas, que ha demostrado una abnegación tan entera y que ha gozado de una vida en Dios y por Dios tan profunda, tan intensa, tan evidentemente cierta, la expresión de Tomás no es demasiado fuerte, y se escapa de nuestros corazones y de nuestros labios; prorrum-pimos ante Jesús en este grito de obediencia y de adoración: Señor mío y Dios mío!".

—Después de esto, pensad, Sr. Laicista, que no es decoroso el bromear, si el buen humor *a ello* os indujera. No sois vos, que yo sepa, Federico de Alemania, ni Laplace, ni Goethe, ni ninguno de los que Sainte-Beuve citaba entre los mayores modernos anticristianos; tenían ellos para hablar de cosas serias, los títulos todos que os faltan. Y por lo tanto, fijaos bien, continuaba el autor de "Port-Royal". Quienquiera que haya menospreciado completamente a Jesucristo, en el espíritu o en el corazón, anda falto de algo...

1 *Was Wissen Wir von Jesus?*, p. 72-73.

B) Esa ley, *muchos espíritus escépticos* llegan a justificarla por contraste, experimentando como una desgracia haber dejado a Jesús, y manifestando pesar de no *estar más con El*.

¡Oh! puesto que la noche remóntase al cielo ensangrentado,
Permanece con nosotros, Señor, no nos dejes más, quédate!
Sostén nuestra carne débil, ¡oh fantasma celeste!
¡Sobre toda nuestra nonada, sola realidad!
Los valles vense llenos por la sombra de los grandes montes,
El siglo va a finir en una congoja inmensa;
Tenemos miedo y frío en la noche que comienza
Quédate con nosotros, Señor, por que te amamos.¹

¡El Cristo! Máximo Ducamp, de la Academia Francesa, había al cabo de mucho tiempo perdido sus huellas, mas dice en el prefacio de un libro célebre en tiempos pasados, “si lograba yo descubrir el camino de Damasco, iría a solazarme con él”.²

“¡Ah! suspira René Maizeroy, Jesús ¿no reaparecerá más sobre la tierra para devolvernos la fe, para exhumarnos de ese fango en el que agonizamos, en el que nos abatimos como *aquellos* consumidores de cosas inmundas y a quienes se arrastraba a las puertas de Cartago?”³

Y Loti, el novelista tan leído que no cree en nada, ni en nadie y que a nadie ama, escribe: “¡Oh! Cristo de los que lloran, oh Virgen apacible y blanca, oh todos los mitos adorables que nada alterará después, oh vos solos que dais el desnudo de vivir a las madres sin hijos y a los hijos sin madre, oh vosotros que a las lágrimas las hacéis fluir más dulces, que ponéis, al borde de la hoya negra de la muerte ¡vuestra sonrisa, benditas seáis!...”
“Y nosotros, continúa el malhadado escritor, nosotros que os hemos perdido para siempre, besamos, llorando en el polvo, las huellas que vuestros pasos dejaron im-

1 Juan Aicard, *Emmaüs*.

2 *La Charité privée à Paris*.

3 Citado por *La Croix*, julio 1892.

presas al alejarte de nosotros..."¹ ¿Para siempre? No, Loti no lo creyó. Empezó a emprender el viaje a Jerusalén para hallar de nuevo a Jesús. "¡Oh! sí, gemía él allí, por más que los hombres hagan y digan lo que les venga en talante, El permanece de veras el inexplicable y el único! Desde que su cruz aparece, desde que su nombre es pronunciado, todo se apaga y se cambia: los rencores se disipan y se entrevén los renunciamentos que purifican; ante el menor crucifijo de madera, los corazones *altaneros y duros vuelven sobre sí*, se humillan y comprenden *perfectamente* la piedad. Es el creador de los incomparables anhelos y el mago de las eternas aspiraciones. Es el maestro de las consolaciones inesperadas y el príncipe de los perdones infinitos. Y en este momento, por cosa rara que pudiere parecer proveniente de mí, quisiera yo decir a aquellos de mis hermanos descreídos que me han seguido al Santo Sepulcro: Buscadle, vosotros también; intentadlo... puesto que fuera de El no hay nada!"

—Hay, pues, que asombrarse que el Cristo conquiste para sí lo que, según Napoleón, es lo de más difícil obtención, lo que un sabio demanda vanamente a raros amigos, un padre algunas veces a sus hijos, una esposa a su esposo, un hermano a su hermano?

EL AMOR

"La intimidad con el Cristo, dice Newman, ha sido en todo tiempo, la nota característica y como la definición del Cristiano. Acuérdomé, hace ya largo tiempo, de haber oído a uno de mis amigos anglicanos confesar la perplejidad en que le ponía la lectura de un libro de devoción católica. Este autor, decía, escribe como si tuviera una suerte de apego personal al Señor. En lugar de creer sencillamente en la doctrina de la redención, es como si le hubiera visto y conocido, como si hubiera

¹ *Matelot*, p. 241-232.

vivido con él. Y este fenómeno llama poderosamente la atención de todos los no católicos, cuando entran en nuestras iglesias".¹ Y hay motivo ciertamente de que se admiren, porque al fin,

Visus, tactus, gustus in te fallitur...

"He apasionado a las multitudes que daban su vida por mí, decía aún Napoleón, mas era precisa mi presencia, la electricidad de mi mirada, mi acento, una palabra mía... Hoy que me hallo en Santa Elena, en tanto que estoy solo y clavado sobre la roca, donde están los cortesanos de mi infortunio? ¿quién por mí se conmueve en Europa? ¿dónde están mis amigos? ¡Qué abismo no media entre mi miseria profunda y el reinado de Jesucristo, predicado, amado, adorado y viviente en todo el universo!..."²

A) Sería preciso para comprender bien lo que el amor de Cristo obra en lo más selecto de los mortales, leer algunas biografías de santos o las efusiones de los místicos. Y sería ello un poco largo. Bastará que uno se limite a saborear los capítulos séptimo y octavo del segundo libro de "La Imitación" o, más sencillamente, estos nobles versos de Arsenio Vermenouze:

Vos sois mi Señor y mi Dios: yo os amo,
 No por los esplendores de vuestro Paraíso,
 Sino porque, naciendo para nosotros en humildísima estancia,
 Comenzasteis por amarnos vos mismo.
 Porque los pies vuestros, y las manos, y vuestra frente pálida
 Sangraron largamente sobre un patíbulo, en tanto
 Que vuestros brazos se alzaban, suplicantes y yertos,
 Como para desarmar la Justicia suprema;
 Porque, en fin, vos, Dios todopoderoso,
 dijisteis: ¡Comed mi carne, bebed mi sangre!...
 Y con ellas alimentáis la raza humana,
 Es por ese tierno amar sublime y violento,
 Que el mío, hasta vos, remontándose en un vuelo,
 Al pie de vuestra Cruz para siempre más me encadena.

¹ *Sermons on various occasions*. Citado por H. Brémond, *L'Inquiétude religieuse*.

² *Mémoires*, citado por Augier.

Fácilmente se comprenderá, después de eso que muchos cristianos se aislen en el claustro o entre lejanas tribus salvajes, a fin de que "el hombre disminuya a sus ojos mientras el Cristo se agranda allí siempre". Quedos en su país y mezclados entre la multitud, otros no son menos amantes. Asumen o aceptan, como una cruz, el deber o el dolor; ejercitan su vida sobre la montaña del Calvario, porque "el sacrificio es la mitad del amor, y nadie sabe amar que no sepa inmolarsé".¹

Crucificado, la sangre de tu corazón sobrehumano
 Tu sangre de Dios hecho hombre y que salva la raza,
 Con su rojo destello ilumina mi camino,
 Como un fuego del alba, a lo lejos, irradia sobre el hielo.²

—Perdón, Señor, añade el poeta, como si acabara de expresar una ambición demasiado levantada,

Perdón, Señor, ahogo en mí ese grito de orgullo.
 Yo no soy nada.

—Se había entregado al amor, ese enloquecedor vértigo, orgullo había vislumbrado en el porvenir

Su nombre marcando en pos de sí una bella estela luminosa;
 mas de pronto

¡Heme aquí, pues, Señor, envuelto en Vos!
 La sombra de vuestra mano pesa sobre mi pobre alma;
 Y como en una jaula ardiente un león fiero,
 Mi ser está cercado por vuestras llamas.

En pos de miles de convertidos y a ejemplo de los fieles, desprendía al fin a "Jesús del trono de su suplicio, se arrodillaba ante él, se prosternaba tan cerca del suelo como podía, y allí, rasando con la tierra, le besaba con un indecible ardor, los pies ensangrentados". y ¡cuán vanos le parecen entonces los apasionamientos del mundo, sus anhelos e ilusiones! El Cristo llega á ser para él el centro y el foco, el sol de todas las cosas; y en su

1 Lacordaire.

2 Manuel Delbousquet.

estepa actualmente fecunda, los Samoyedos cristianos cantan su himno:

Llegue a ser, sí, mi corazón una fuente cerrada
 Cuyas invisibles aguas no canten sino para Ti.
 Que marcado por Tus Manos con el signo de la Fe,
 Este Corazón no se abra más sino a Tu voz bien amada.
 Que su onda confundida con la perfumada onda
 Que fluye de Tu Corazón a lo más hondo de mí
 En sus expansiones no siga sino la ley
 Que la quiere toda pura y para siempre sosegada.¹

—Su amor permanece sin embargo humilde de veras y temeroso... Aún al precio del sufrimiento que las disciplinas nuevas entrañan, no aspiran sino a servir:

Mas recibir jamás el celestial abrazo,
 ¿Es posible? Un día, poderlo hallar
 En vuestro seno, sobre vuestro corazón que fué el nuestro,
 ¿El sitio en que reposa la cabeza del apóstol?...²

No. A ejemplo de las almas puras, se consideran indignos: La humildad es la señal del verdadero anillo.

Y que soy yo más pobre que ningún otro
 Lo sabéis Vos todo ello, todo ello,
 Mas lo que tengo, Dios mío, os lo entrego.

—Todo, hasta la vida, toda entera y en detalle.

Permíteme el arado conducir
 Por el campo de la Iglesia, a la conquista ir
 Del alma a la que atormenta y arrebatada la tempestad,
 Penar por el pecador, que un día, rendido caiga,
 Cansado, molido, muerto—mas con las armas al brazo.
 Si yo pudiera entonces, como suprema gracia,
 Verter la sangre pálida de mi cuerpo que fallece,
 Mezclar con tu sangre, y salvar a ese precio
 Tu gloria anublada y todas tus ovejas—
 Habría yo al fin sentado el pináculo sublime
 De un Amor que al pie del Tabernáculo se abre,
 Cuando, arrasados en lágrimas los ojos y el corazón dilatado,
 Bebía yo largamente la Sangre de tu Costado...

B) Hago mal en hacer hincapié de ese modo entre los

¹ Ch. Grolleau.

² Verlaine.

espíritus selectos. Luis Bertrand vió el sepulcro del Maestro, en Jerusalén, rodeado del fervor de los labios en oración. En torno de él había moujicks, pobres seres vulgares, con aspectos degradados por la miseria. Y, como por ensalmo, con tocar esta tumba de resurrección, iluminábanse de una belleza radiante. “¡Qué amor espués ese, exclama él, para que al penetrar en una bestezuela humana, la transforme así en una criatura espiritual, y que en sus ojos oscuros y sobre sus labios celestiales, haga se destaque un alma vestida de claridad.”¹

Allí, donde la civilización ha vuelto los ojos limpios y los labios menos groseros, la cruz de Jesús es venerada por doquiera. Vela los difuntos, señala las sepulturas, y sus brazos amantes se extienden sobre cada hogar para defenderle y esparcir allí sus beneficios.

—“Ignoramos con frecuencia la profundidad de nuestro propio amor; ha dicho Bourget; y aquellos a quienes amamos, no lo sospechan tampoco, y ello es una de las tragedias de la vida. Menester es que la separación nos haga ver claro en nuestros corazones”. La separación o cualquier otro sufrimiento. Aquellos mismos que pasando todo el santo día en labor servil no prestan a la imagen de Cristo sino una atención distraída y la rutina de oraciones comunes, sienten vivamente, en la hora de las angustias, del dolor y de la muerte, cuán dulces son las confidencias que la cruz escucha y qué riquezas de salud, de esperanza o de consolación encierra. Otros hay, cuya alma es más noble, mujeres y doncellas a quienes el corazón llega a enloquecer un momento, mancebos apasionados, hombres ofuscados por el espejismo del oro, que le piden la fuerza de guardarse intactos.

Oh Señor, cada vez que a los festines de la tierra
Mis pies lejos de Vos me lleven, al momento

Que sueñe yo en vuestros pies agujereados sobre el Calvario
Y me horrorice al ruido siniestro de los martillazos.

Cada vez que mis manos, para la oración hechas
Coger quisieren la flor de los pecados capitales,
Que yo sienta estremecerse su palma temeraria
Bajo vuestros Clavos afilados al modo de cuchillos.

Y cuando el alma turbada y el corazón en derrota
Furtivo, descendiere por las dudosas rutas
Hacia los campos del Mal en los boscajes perversos.

Que de repente como en este instante evangélico
Se levante ante mí Vuestro Patíbulo trágico,
Deteniéndome al pasar con Vuestros Brazos abiertos.

...Y puesto que, en resumen, el corazón y el pensamiento del hombre experimentan hasta tal punto el ascendiente de Jesús, ¿puede sorprendernos que, *ora de una manera consciente, ora inconscientemente, regulen los hombres sus actos principales conforme a su historia, a su doctrina y a sus preceptos?*

LA ACTIVIDAD HUMANA Y JESUS

LA ACTIVIDAD RELIGIOSA

La actividad religiosa de los hombres se ajusta en una buena parte sobre los episodios de la vida del Salvador. Gira sobre el domingo, memorial de la Resurrección. Cada día aquélla se despierta con el alba, se detiene en el punto del mediodía y adormécese cuando anochece, mientras el "Angelus", volando jubiloso por los aires, esparce a través del tumulto de las ciudades y sobre la paz de las campiñas el recuerdo de la Encarnación. Navidad, las Pascuas de Resurrección y de Pentecostés y la Ascensión la sostienen y la perpetúan.

LA ACTIVIDAD PROFANA

Se despliega alrededor de los templos donde el Maestro vela. En cada ciudad, su templo es el más hermoso de los palacios; en cada villorrio, es la más bella

de las casas todas. Mauricio Barrés ha hablado de la influencia social de las iglesias, de como ellas sanean la tierra: la planta humana se desarrolla mejor en la atmósfera purificada por ellas. ¡Oh! lejos de nosotros el pecar de exagerados. Existía la humanidad antes de Cristo, penaba antes de la erección de las iglesias; mas, observa finamente Mons. Baunard, cierto es que uvas hay, viñas hay en junio y en el mes de octubre; sólo que ocurre estar las mismas en junio verdes y maduras en octubre! El sol ha dejado sentir allí su benéfica influencia.

Hoy, esa actividad lleva impreso el carácter de Jesús—no pocas veces sin darse cuenta de ello, como lo ha hecho constar Barrés; con mayor frecuencia en las horas capitales del amor, del dolor y de la muerte, con una consciente fortaleza.

A) Bourget lo declara: “Al modo de un huracán que se desata y hace caer sucesivamente las flores, los frutos y las ramas, para no dejar sino el tronco de un árbol empobrecido y despojado; así el sopro impetuoso de los afectos malos revuelve y hace desaparecer todos los sentimientos tiernos y las delicadezas exquisitas del corazón más abnegado”. Al contrario, porque reprime el egoísmo, porque saca sus mejores energías de un foco sobrenatural, el amor purificado, esclarecido, sostenido por el Cristo, es inmortal como Él. Él inspira ese tacto, esas ternuras preparatorias, esa abnegación sencilla pero siempre vigilante y jamás saciada que transfiguran la persona amante al mismo tiempo que colman de felicidad la persona amada.

“—Os acordáis de haber entrado alguna tarde en una capilla?

—Sí, con usted.

—Una capilla sombría, alumbrada solamente por la lámpara del tabernáculo. Paréceme que nuestro corazón se encuentra de igual manera.

—¿Nuestro corazón?

—Sí. El corazón es él bien obscuro, bien desconocido. Mas la lámpara que brilla en el santuario, es nuestro amor. Allí está, que vela y ruega. Amar, es ver más claro en sí mismo, es retirar de la sombra nuestros actos y nuestros pensamientos. No aparta uno de la sombra las faltas y los crímenes. Puesto que el amor implica la luz, amar es, pues, desear ser mejor.

Y casi en voz baja, como hablando consigo mismo, añade ella

—Yo, cuanto más amo, menos puedo hacer el mal".¹

Y que no se me hable, a este propósito, de sensibilidad femenina. Cuando un íntimo contacto con su persona, plegaria o comunión, pone a Jesús en un mismo plano de amor, cuantos hombres tienen sobre sus labios el elogio que Raymond Bercy dirigía a Margarita Roquevillard: "El poco bien que yo te hago se debe como a la causa. Poco a poco me llevará hasta ti. Los hombres como yo, los hombres todos están flotantes entre el bien y el mal, entre la abnegación y el egoísmo. No reflexionan, son arrastrados por toda la mediocridad de la vida. Mas basta muchas veces un impulso para que tomen la delantera. Tu amor me dió ese impulso, Margarita."²

B) Bajo el peso de la prueba, una ternura tal se exalta con facilidad hasta lo sublime. Qué sacerdote no lo ha experimentado diversas veces con verdadera edificación suya? "A qué se reducen, dice Mons. Bougaud, todos los esfuerzos de los hombres frente a frente del Dolor? O a negarlo, lo cual es una locura, o a probar de suprimirlo, lo que es un puro sueño, o a odiarlo, lo que no sirve sino para aumentarlo, o a pensar en distraerse y olvidar, lo que no es sino añadir, una tumba a otra tumba, sepultar por segunda vez aque-

¹ H. Bordeaux. *La robe de laine*, p. 216.

² *Les Roquevillard*.

llos a quienes se ha amado con mayor ternura". Mas vale ir al Cristo.

El es de aquellos que nada poseen,
Es El el de los días desesperados, de las horas
En que los umbrales todos nos están cerrados;
La mano tendida es El cuando la angustia
A la garganta nos estrecha y ternura alguna
No hay allí para nos amar.

Era joven y bella. Su alma se absorbía en la plenitud de la dicha humana cuando un día, un accidente común le arrebató su esposo. Pobre mujer, víctima demolida por el rayo. "No está para darse cuenta de quienes la rodean y fijan en ella sus miradas desoladas: A sí misma se dirige, inconsciente y extraviada, las palabras reprimidas que salen de su garganta apretada, las interjecciones que irrumpen sin interrupción y descubren las horribles cosas que pasan en el fondo de su ser. Su semblante permanece inmóvil, sus ojos esquivos". Un sacerdote allí se halla, antiguo amigo de la familia. Le muestra a esa viuda arrasada en lágrimas el cielo, el lugar de las reuniones supremas. Mas en vano. Levántase súbitamente, y tomando a la desgraciada por la mano, la hace entrar en el cuarto mortuario. El sacerdote arrodíllase y ruega. "Arrójase ella sobre su Geraldo que parece dormir, deposita, en su viva locura, un beso ardiente sobre aquellos labios cerrados que parecen aún sonreír. Al momento se alza dejando oír un grito de terror desgarrador: ¡Oh, cuán frío está! El eclesiástico se levanta también y muestra a la desesperada el crucifijo que el difunto retiene entre sus dedos exangües, y con una voz reprimida por la emoción: "Dios mío, insinúa él, ofrézcoos mi dolor por mi esposo querido. Quiero ser aniquilada por él para que él sea dichoso" ; "¡Oh, sí! repuso la pobre mujer, Dios mío, yo acepto y lo ofrezco todo por él!"—Y los suspiros que no podían brotar se desbordan; las lágrimas fluyen amargas más confortadoras. Desde entonces, el camino está a la vista. Sus ojos fijos en el divino cru-

cificado, la víctima humana avanza en la vida, la cruz sobre las espaldas y la esperanza en el corazón”.

Luis Veillot escribía después de haber visto morir a su mujer y a tres de sus hijas: “Nunca mi corazón se ha visto más deshecho, y nunca se ha visto rodeado, por otra parte, de tanta seguridad y luz. No hay alegría alguna en este mundo con la cual yo quisiera trocar mi inmenso dolor”.

Y todos hemos leído en el *Relato de una hermana*, cuál fué la resignación de Madame de Ferronnays, después de la muerte de aquel a quien ella había únicamente amado. “Su primera vida, nos dice Mons. Bougaud, tan feliz, no le pareció más bien sino como una pálida aurora, el anuncio balbuciente con palabras toscas de la misión que la esperaba”. Y como le dijera su hermana: “Mas si ante tí se volviera a reconstituir la vida tal como tú la habías soñado con Alberto, y que se te prometiera por largos años?” A lo que contestó ella sin vacilar: Bien está: no la volvería a aceptar”.

Almas escogidas se dirá. Indudablemente. Mas el contacto con la cruz y la palabra del Maestro es tan fecundo, por poco que se prolongue, que hasta los cristianos medianos se hallan ennoblecidos. ¡Aquí todavía la experiencia debe hacerse discreta. ¿Quién no conoce con todo eso la historia de Francisco Coppée, el convertido de los *Frutos del dolor*? “Todo cuanto sé, escribe, es que esta misma palabra escuchada y comprendida por mí en horas crueles tuvo aquella prodigiosa virtud de hacerme amar mis padecimientos. Salgo de mi prueba físicamente aminorado y destinado a soportar probablemente hasta el último de mis días, la esclavitud de una enfermedad muy penosa. Sin embargo, porque tengo leído y meditado el Evangelio, mi corazón está no solamente resignado, sino lleno de calma y de valor. No hace dos años, contando aún con cierta salud, más experimentando ya los primeros achaques de la edad, veía llegar con espanto la vejez, la solitaria vejez, con su con-

sejo de tristezas, de disgustos y de pesares. Hoy que ella me abrumba prematuramente, la acojo con firmeza, qué digo, casi con alegría, porque si no llamo los dolores y la muerte, al menos no les temo más, habiendo aprendido en el Evangelio el arte de sufrir y de morir”.

c) ¡La Muerte! también ella toma un aspecto nuevo, transfigurado a la luz del Cristo.

Con todo y el gran horror que la muerte lleva en su semblante, quiero, decía la vigilia misma de su tránsito, un discípulo de Malherbe, el presidente Meynard,

Quiero afrontándola mostrar que mi ardimiento
No es un enemigo que pueda ella derribar.
¿Mas que digo, enemigo? de ella soy amoroso:
Sin pasar por la tumba posible ir no fuera
A la hermosa mansión a donde Jesús nos llama.

¿Qué digo llama? no, Jesús no espera. Se apresura, se presencia bajo las especies eucarísticas, como un piloto, en el lamentable bajel desamparado, casi destrozado que es el moribundo. La noche va cerrando, negros pájaros lanzan su graznido de siniestro *agüero*, las ráfagas azotan el océano sembrándolo de escollos, y cuán fúnebre no parece el boquete por donde, las amarras todas aflojadas, menester es dar un adiós a la vida de *este mundo*. Valor y confianza cuando menos.

Porque la vela de Cristo con su inmensa anchura
Al puesto llega de la eternidad.

* * *

¿Habrán hombres *dotados de sensibilidad* y de razón, que conociendo perfectamente el prestigio que Cristo ejerce sobre el pensamiento, sobre el corazón y sobre la actividad universal de los cristianos, y que, ante su belleza moral y su amor, se muestren o permanezcan insensibles? Estos hombres tendrían tan hundido el espíritu en la carne, y la carne tan sujeta a la ley única de los sentidos, que la fulminante maldición de Pascal recaería sobre ellos: que se satisfagan y que mueran.

Mas a vosotras, almas enamoradas del ideal, a quie-

nes Jesús fascina, emociona e inclina a una fecunda ternura, es a vosotras a quienes el célebre polemista os dirige un mensaje de esperanza y de alegría. "Aquellos, dice, que buscan a Dios de todo corazón, que no tienen más desazón sino la de estar privados de su vista, que no tienen otro deseo sino el de poseerle ni otros enemigos sino aquellos que de él les desvían, que se afligen por verse rodeados y dominados de tales enemigos, que se consuelen, les ofrezco yo una venturosa nueva: un libertador existe para ellos, yo se lo haré ver, les mostraré que hay un Dios para ellos; no lo haré ver a los demás".

Ah! Si Pascal hubiese podido cumplir su promesa y conducirnos al lado del Salvador prometido! Los maestros de la apologética le reemplazan hoy en esa tarea. En qué manera y con qué argumentos lo van a exponer en pocas palabras las páginas que siguen de este trabajo.

* * *

Mas para apreciar con seguridad la misión y la personalidad del apacible Maestro Jesús, es menester, de antemano, estudiar el valor de los documentos que nos informan sobre él. ¿Son posteriores con mucho al hecho que narran? ¿Sobre qué fundamentos se apoyan?; ¿y las fuentes de que proceden han sido falseadas alguna vez de una manera o de otra? Más brevemente: ¿contamos en nuestras manos con atestados o partidas auténticos y verídicos que la historia pueda acoger con confianza y hacer valer su testimonio?

Vamos, pues, a someter a una crítica leal los Evangelios Sinópticos, los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas de san Pablo.

Las fuentes

Los Evangelios Sinópticos

Los Hechos de los Apóstoles

Las Epístolas de San Pablo

Con cuanto llevamos dicho acerca del segundo evangelio y de las Epístolas de san Pablo, echados quedan los cimientos de la existencia personal de Jesús.

Mas una demostración que tiende a definir en su justo punto la misión y la personalidad del Maestro de Nazaret, requiere un estudio más detenido de las fuentes de que se sirve.

Menester es, pues, que establezcamos cómo los Evangelios sinópticos, los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas de san Pablo provienen de testimonios autorizados, cuyo testimonio recae sobre hechos y palabras auténticos, sobre una historia garantizada tanto en sus pormenores como en su conjunto.

CAPITULO PRIMERO

I

Los Sinópticos

Estos libros que no han sido precedidos, ni acompañados, ni seguidos, de nada que se les parezca.

J. Blass.

Los tres primeros evangelios, el de Mateo, el de Marcos y el de Lucas, ofrecen un cuadro de perspectiva general del Mensaje cristiano: *ὁμότις*; se los puede disponer en tres columnas paralelas, tan armónicamente relacionan los mismos sucesos y los mismos discursos, con un mismo orden y con términos idénticos o sinónimos.¹

Si los consultamos preferentemente, no es que la fisonomía muy particular del cuarto evangelio suscite sospecha alguna razonable. Juan no inventa cosa alguna; completa la tradición histórica de sus predecesores. Mas porque expresa el pensamiento de su Maestro en una forma que refleja la experiencia adquirida y deja entrever el trabajo íntimo propio de las largas meditaciones,² la crítica suscita en torno de su libro ciertas di-

1 Cerca de la tercera parte de su contenido (350 a 370 versículos) es común a los tres. Además, Mateo tiene 170-180 versículos comunes con Marcos y 230-240 comunes con Lucas. Lucas tiene, de su parte, 50, comunes con Marcos. En pocas palabras, Marcos no tiene sino 69 versículos (sobre 677) que no se hallan en uno al menos de los otros sinópticos; Mateo, 330 (sobre 1.070); Lucas, 612 (sobre 1.158).

Estos relatos paralelos presentan, sin embargo, diferencias numerosas de palabras, de giros, de orden cronológico y de agrupamiento.

Las dos comprobaciones constituyen el hecho sinóptico, y plantean la cuestión sinóptica: ¿cómo explicar a la vez estas semejanzas y estas diferencias?

2 Lepin, *La valeur historique du 4e. évangélie*, p. 401.—“Juan subordina el aspecto histórico de la vida de Cristo al aspecto doctrinal y religioso... El apóstol se aplica en hacer resaltar la significación profunda de los hechos y de las palabras de Jesús. Escoge de entre los milagros un espécimen típico y mayor que comenta a continuación, extrayendo del signo material su alcance espiritual. Se trata, por ejemplo, de la multiplicación de los panes: Juan muestra en Jesús el pan de vida, el alimento de las almas. En el hecho de la curación del ciego de nacimiento: Juan muestra en Jesús la luz del mundo. Trátase de la resurrección de Lázaro: Juan muestra en Jesús al maestro de la vida”. L. de Grandmaison, *Les Evangiles comme sources de l'histoire du Christ*. Sexta lección.

ficultades con las que la Apologética no debe, a nuestro parecer, entretener su marcha, porque la exegesis las resuelve de una manera satisfactoria.¹

Un solo punto nos interesa exclusivamente: preguntamos de nuevo otra vez, ¿son los sinópticos utilizables a título de documento histórico? ¿Reproducen en su substancia el testimonio que testigos autorizados y verídicos adujeron sobre los hechos y dichos de Jesús? Para saberlo, menester es, de buen principio, inquirir quien compuso estos documentos, dónde y cuándo, y según qué fuentes; luego, determinar su sentido, lo que ha querido decir cada autor, lo que significa su lenguaje, cual es el alcance de sus afirmaciones. Sea un doble problema el que vamos a resolver, el uno, de autenticidad, y el otro, de historicidad.

A

AUTENTICIDAD DE LOS SINOPTICOS

“Los sinópticos, escribe Mons. Le Camus, son, por decirlo así, un trabajo anónimo, la resultante escrita de la evangelización fragmentaria y oral... (ellos) nos transmitieron lo que se predicaba y como se predicaba”,² y de hecho, en la aportación personal de Mateo, de Marcos y de Lucas, la crítica reconoce generalmente hoy un fondo común, que proviene de fuentes más antiguas, representadas por tradiciones y por documentos relacionándose ellos mismos íntimamente con la catequesis apostólica. De ahí para el apologeta la obligación de establecer una primera tesis:

1 Cfr. Duchesne, *Histoire ancienne de l'Eglise*, t. I. Jacquier, *Hist. des livres du N. T.*, t. IV. Lebreton, *Les Origines du Dogme de la Trinité*. Lepin, o. c., y *L'Origine du quatrième évangile*. — Véase también *Rev. Apol.*, 1.º agosto 1923. Guenser *Pour l'historicité du quatrième évangile* y *Collationes Gandavenses*, oct. 1910. El autor de este último artículo, M. el canónigo Van Ongeval, resume en el n.º precedente de la misma revista (julio 1910) el estado de la controversia y las decisiones de la Iglesia.

2 *Fausc. exégèse, mauvaise théologie*, p. 37.

I.—LA CATEQUESIS APOSTOLICA REPRODUCE EN SUBSTANCIA LOS DISCURSOS Y ACTOS DE JESUS

LA CATEQUESIS

“Lo que os digo en las tinieblas, decidlo en pleno día, y lo que oís al oído, publicadlo sobre las techumbres” (Matth. X, 27). “Id, pues, haced discípulas todas las naciones... enseñándolas a guardar todo lo que yo os he mandado”. “Seréis mis testigos en Jerusalén y en Samaria y hasta los confines de la tierra” (Act. I. 8). La orden del Maestro era formal. Las “Epístolas” de san Pablo, los “Hechos”, otros libros aun nos enseñan como los Apóstoles cumplieron ese cometido. Hombres de humilde condición, no podían conocer ni la filosofía que reduce las doctrinas en sistema, ni la historia, cuidadosa de la continuación natural de los acontecimientos y de una cierta precisión en la indicación de los lugares y de las fechas;¹ les bastaba relacionar con algún pormenor las palabras y las acciones de Jesús, acciones o palabras que les habían impresionado tanto más cuanto que el resultado de ellas se había manifestado más vivamente: el resto, lo agrupaban bajo fórmulas generales.² “Otras veces, sin embargo y sin duda asaz frecuentemente, los Doce se emplearían en relatar, resumida, la vida del Redentor. Para ello, era menester un plan. El más sencillo y el más cómodo fué adoptado. Redújose a distribuir la vida de Jesús en un cuadro dividido en cuatro partes: 1.º la preparación del Cristo a su ministerio; 2.º la predicación en Galilea; 3.º el

1 Las escenas de la vida del Salvador transmitiéndose por vía de tradición oral, lo cual debía parecer más necesario a los fieles, permitía obtener con ello la inteligencia exacta de las mismas en orden a la salvación. También vemos que san Pablo declara a los Corintios que nada quiere saber de “Cristo según la carne” (II Cor. V 16), lo que significa que no puede contentarse con la seca reproducción del fenómeno histórico, sino que estos hechos no le interesan más que en la medida según la cual pueden ser apprehendidos por la fe. Bovon, *Théologie du N. T.*, pp. 77-78. Cfr. supra, p. 20.

2 Cfr. *Luc.* IV, 40, VII, 21, etc.

paso de la Galilea a Jerusalén; 4.º la última semana en la ciudad santa con la pasión, la muerte y la resurrección...”¹

Abramos el libro de los “Hechos”. Que se dirija san Pedro al colegio apostólico (I 21-22), a los Judíos (II 22-24, III 13-18), o a Cornelio, el pagano convertido (X 37-43), procede en verdad de esta suerte. “Vosotros sabéis cuanto ha sucedido en toda la Judea comenzando por la Galilea, después del bautismo que Juan predicó: Como Dios ungió del Espíritu Santo y de poder a Jesús de Nazaret, que iba de un lugar a otro, haciendo el bien y curando a todos aquellos que estaban bajo el imperio del diablo, porque Dios estaba con El. Por nuestra parte, testigos somos de todo cuanto ha hecho en el país de los Judíos y en Jerusalén. A continuación, le han hecho morir suspendido del madero. Mas Dios le resucitó al tercer día, y permitió que fuese manifestado, no a todo el pueblo, sino a testigos escogidos desde largo tiempo por Dios, a nosotros que hemos comido y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos, y Jesús nos ordenó predicar al pueblo y atestiguar que es El quien fué designado por Dios juez de vivos y de muertos. Todos los profetas dan testimonio de que todo el que cree en él recibe por su nombre el perdón de sus pecados”.

Las “Epístolas” de san Pablo contienen, bien que en estado esporádico—lo que aumenta el valor de su testimonio—absolutamente los mismos rasgos de la biografía del Salvador”.² Fijan además las grandes líneas de su enseñanza: repudiación del formalismo fariseo (Gal. V 1), la necesidad del amor (Rom. XIII, 8-10), la dulce paternidad de Dios (Gal. IV, 1-7 — Rom. VIII, 15-17), el reino (ib. XIV, 17, I Cor. IV 20-XV, 50, Gal. V 12); conoce asimismo el Apóstol muchos dis-

¹ Levesque. *Nos quatre évangiles*. Chap. I—Se manifestaba así Cristo bajo sus aspectos diversos: predicador, taumaturgo y salvador.

² Cfr. *La existencia de Jesús*. § San Pablo—Argumento histórico.

cursos del Maestro, el que pronunció en la Cena, los preceptos sobre el matrimonio (I Cor. VII, 10-25), la obligación de atender a los gastos del apostolado (ib. IX, 14), el deber de hallarse dispuestos para la parousia (I Tess. V, 2-6), la locura del juicio temerario, etc., etc.

—Pero Pablo lo dice expresamente, su doctrina se apoya ordinariamente sobre la tradición oral: “Os he transmitido antes que toda otra cosa lo que yo había asimismo recibido” (I Cor. XV, 3), — sobre la predicación hecha por Barnabé en Antioquía, durante todo un año, después, de 45 a 49, en Chipre, en Pisidia y en Liconia.¹

Ved ahí, pues, el TENOR de la catequesis apostólica, el objeto del “ministerio de la palabra” (Act. III, 20, VI, 4), tal como testigos inmediatos, predicadores y oyentes, la relatan sin divergencia. Ahí tenemos un precioso documento histórico, a condición de que sea fiel.

Mas antes de definir su autoridad, resta por probar una segunda tesis, desde el punto de vista de la autenticidad que nos ocupa, a saber:

II.—LOS SINOPTICOS REPRODUCEN SUBSTANCIALMENTE LA CATEQUESIS ORIGINAL

Fijemos el problema. Inquirimos únicamente si los escritores que llevan el nombre de Mateo, de Marcos y de Lucas vivieron en tales condiciones que hubieren podido recoger la palabra de Jesús y relatar su vida;² si

1 Pablo ha sido, además, directamente instruido por el Señor, mas no bebe mucho en esta fuente de información (I Cor. XI, 23).— No pretende comunicar a los fieles hechos nuevos; repítelos más que no les refiere, remitiéndoles a la instrucción oral que han recibido.

2 Tales como las exponían:

1.º) La tradición oral, bajo una por lo menos de sus tres formas: la catequesis judía, la catequesis romana o la catequesis griega; estas adaptaban la exposición de los mismos hechos a las necesidades de auditorios diferentes.

2.º) Los relatos fragmentarios cuya existencia es atestiguada por el prólogo del tercer evangelio. “En los comienzos de la edad apostólica,

pertenece verdaderamente a la primera generación judío-cristiana y hasta, puede ser, a la familia apostólica. He aquí nuestra respuesta.

A.) Los sinópticos se remontan a la primera generación judío-cristiana.

CRITICA INTERNA

1. Una prueba irrefutable de que los autores de los Evangelios son Judíos, es la *lengua* que emplean. No tiene aquélla la armonía ni aquella solemnidad que distingue el griego de los escritores eclesiásticos, de un Platón, de un Tucídides, de un Demóstenes, o hasta de un Luciano o de un Plutarco: una sintaxis muy poco complicada, frases extremadamente cortas y ligadas por conjunciones de coordinación, un empleo muy largo de casos y de proposiciones, un gran número de palabras, compuestos o derivados, más también de términos sencillos, desconocidos entre los grandes autores — he ahí según un especialista, M. Gustavo Bardy, algunas de sus características.¹

Sabemos bien que su léxico es el del pueblo de todos los países helenizados, con una adición de sentido nuevo dado a algunas palabras, y que no es menester, desde entonces, reconocer en todas partes como semitismos. Diversos hebraísmos son con todo probables, y la influencia aramea es cierta.² Por lo demás, “abba”, “corban”, “eppheta”, “talitha cumi”, “cephas”, “gehenna”, “eloi eloi”, “lamma sabactani”, varios términos

dice M. Bovon, la preponderancia de la enseñanza oral hacía inútil el agrupamiento de esos primeros ensayos en narración continua. Mas teniendo el número de los testigos del ministerio de Jesús a irse aclarando, cuanto más la Iglesia se alejó del período de sus orígenes, tanto más debió experimentar la necesidad de poseer la historia de la vida y de la actividad del Señor. A este efecto, bastaba redactar la evangelización de los apóstoles, lo que dió principio a ciclos de relatos, de donde salieron nuestros sinópticos”. O. c., p. 79.

¹ *Revue prat. d'Ap.*, 15 marzo 1911.

² Jacquier, *Etudes de philologie et de critique de Nouveau Testament* (pp. 47 a 81), aduce ejemplos.